

LA TIA BEATRIZ HACE UN
MILAGRO

(Parábola)

20/Nov/10

~~18-Mayo-10~~

JVCB

1181862

~~10845557~~

UR

~~ADPSES~~

C.I

SEMINARIO MUL, 'DISCIPLINARI'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

*A la memoria de mi tía-abuela Beatriz
Tavárez, mujer ejemplar y modelo de
virtudes.*

NOTA PRELIMINAR

Creo que "La Tía Beatriz hace un Milagro" no tendría su verdadero alcance si no se la aceptara como un símbolo henchido de posibilidades. El símbolo es el único vehículo netamente teatral; él sobrepasa en mucho a la imagen, al concepto, y la mayoría de las veces, a la situación misma, no siendo ésta más que un resultado de aquel. Todo gran teatro es simbólico y se vale de los símbolos para expresarse, aún a despecho de las intenciones del autor.

El personaje suma, (Don Quijote, por ejemplo), con el solo hecho de existir siembra el camino de símbolos; es ahí donde el símbolo alcanza su mayor grandeza, siendo un hecho que se desgaja del tiempo personal del héroe para ofrecerse a nuestros ojos escrutadores.

Estas consideraciones, empero, no hubieran bastado para la concepción de una obra como "La Tía Beatriz", puesto que no nació de la razón, sino de una ciega intuición de la naturaleza humana en donde la corrupción debía tener una contrapartida, no en los conceptos, sino en los hechos mismos. La bondad, y al fin de cuentas algo más importante que ella, la esperanza, debían ser enfrentadas a la disolución de un mundo en derrota, encarnado en el sobrehaz de la tierra por hombres y mujeres de diferentes méritos, condiciones y oficios.

La destrucción no necesita de otros símbolos que los hombres mismos. Los hombres la encarnan en esa caravana interminable que apesta y aturde. Pero aquella pureza perdida u olvidada, aquella esperanza que es nuestro único vínculo

lo con Dios, la única referencia posible de su poder sobre nosotros, ¿cómo hacerla inmanente, impostergable?

La situación se presentó sola, (digámoslo así para no atascarnos en mayores honduras) y me deslumbró por su misma arbitrariedad y osadía. Lo natural y sobrenatural se unían para ofrecérmela. Los intereses divinos y los humanos. El conflicto de amor, piedad y desilusión armonizaban el propósito único, esencial, de un símbolo positivo digno de ser opuesto a los anteriores. La Tía Beatriz se instalaba en la obra como la conciencia personal y genérica de una familia o especie. No había más remedio que aceptarla. Porque ella era la vida con todos sus trágicos menesteres; la muerte y el ideal, que pudiendo ser olvidados, afincaban su garra de oro en el alma del hombre, conturbándolo, haciéndole abrazar lo que podría, no importan los siglos que transcurrieran desde entonces, ofrecerle la oportunidad de una redención.

Nos aterrorizamos un poco al pensar en esta Tía Beatriz cuya santidad y esperanza están basadas en el poder más sombrío de la tierra: el dinero. Su bondad, vista desde este ángulo, nos resulta un tanto temeraria. Así me lo pareció a mí, mientras iba escribiendo angustiado por el descubrimiento de esa alma alucinada que no se arredra ante su propósito, corriendo el riesgo de condenarse en la empresa. ¿Resiste el bien la utilización de tales medios? ¿Podría ofrecerse el Bien, o Dios, como un dividendo del Mal o del Demonio? ¡Terrible situación para un alma escrupulosa! Pero la Tía Beatriz no duda. Ha llegado el momento de morir. Pero no puede desaparecer; es imposible. Ella es la esperanza en el mundo de hoy. Hay que morir sin abandonar del todo a los hombres. Batirse en retirada, sí, pero dejándose una pequeña fortaleza en los ultramuros de la conciencia donde poder, de tarde en tarde, cantar desde una de sus torres como las princesas del medievo.

Y ella fuerza a Dios, lo hace su cómplice, le hace aceptar unos procedimientos que escandalizarían a otro que no fue-

ra Dios Padre mismo, y emprende la cruzada de la muerte sentada sobre el oro y la destrucción del mundo. Sin embargo ella será eterna como la muerte misma. Lo destruido se construirá y se destruirá a su vez, mil veces más, pero ella permanecerá con una sospechosa sonrisa en el rostro y una espada en la diestra, esperando el momento del milagro. Del verdadero milagro, ya que la incorruptibilidad no es más que un subterfugio, algo que no pasa de ser, en conjunto, de una sorprendente puerilidad.

En tal puerilidad estriba, precisamente, el truco; pues hemos visto que lo hay en los propósitos ulteriores de Tía Beatriz. Un truco y una puerilidad que no pueden desestimarse, porque una herencia descansa sobre ellos. En semejante trampa hasta la Ley ha quedado cogida. He aquí un balbuceo que es capaz de reducir a impotencia a los más sagaces.

¿En qué deberá, pues, consistir el anunciado milagro? Después de todo, en eso que el Padre Bernardo dice al final en una especie de salmo de la vida sencilla: en saber que el sol alumbrará, que las flores huelen y otras mil tonterías más que estamos muy lejos de saber a ciencia cierta. Es el secreto de Dios. Por no saberlo el mundo se desangra y la esperanza queda vigilante, como el Ángel de Tobías, en la puerta de la casa. Por no saberlo el hombre aún sigue dominando la tierra en ruinas: el más responsable y el más inocente de los seres.

Todos los personajes deberán ser vistos a la luz de ese símbolo que constituye la Tía Beatriz, invisible para el espectador como no sea en el detalle de una manga de encajes. Muerta lúcida y sonrosada, cuyos buenos olores de ropa blanca guardaba en armarios de ébano y de alquitarados perfumes, no alcanzan a hacernos insensibles a la podredumbre de los otros personajes, esos pobres vivos que se afanan en sus pequeños sarcófagos de casimir o de seda, presuntuosos y atildados, sin fuerza suficiente para sacudir de sus ropas el gusano que los devora día a día y que per-

manece allí, sobre ellos, como una condecoración. Es la abundancia de los malditos, aunque el mismo gusano sirva para todos.

*
* *

No me queda sino pedir perdón por estas redundancias. La obra, en sí misma, es una explicación. Tiene que serlo, pero ¡ay! debemos precavernos. Nuestros críticos, salvo excepciones honrosas, o no ven, o no saben ver, o se niegan a ver. Entonces el autor está en el deber de usurpar sus funciones y ser, además del encargado de preparar el festín, el gran masticador. A veces es desagradable oír el ruido de nuestras propias quijadas sobre nuestros elaborados productos. Pero no hay otro remedio.

En cuanto al público que asiste a los teatros, es otra cosa. El acepta lo bueno y rechaza lo peor. Es un público adulto a quien se entrega cada mañana, en el periódico, una crítica adolescente de las obras que ha visto. Es un público que "sabe", asesorado por un grupo que no sabe o que no quiere saber. Para ese público están escritas nuestras obras, para ese público que, sin pensarlo casi, encuentra solo sus razones, o sea el valor inalterable de la vida y del arte en su fusión última.

PERSONAJES

AMADEO SOTOMAYOR

EMILIA SOTOMAYOR, su hermana.

CRISPIN DE LA FUENTE, primo.

EL PADRE BERNARDO, cura párroco.

DON PEDRO RODRIGUEZ Y CARVAJAL, Gobernador de la Provincia.

FRANCISCA, sirvienta.

ONELIA, sirvienta.

ACTO UNICO

(Año de 1900. Un saloncito interior en una lujosa residencia de un pueblo del Norte de la República. Muebles de la época y anteriores, con los que se dará una atmósfera de gran dignidad y tradición. Un gran reloj de péndulo color caoba en sitio muy visible. Al fondo una puerta en arco con cortinajes de terciopelo granate. Dicha puerta conduce a un dormitorio del que se alcanzan a ver algunos detalles señoriales, parte de una cama con dosel, etc. Se adivina el titilar de algunas velas por el movido juego de luces y sombras. La impresión de esta pieza será de vaguedad y misterio. El salón que constituye la escena tendrá, en cambio, una luz más precisa. Una puerta en el lateral izquierdo y otra en el lateral derecho. Cuando se levanta el telón Francisca está de rodillas rezando junto a la puerta del fondo. Onelia entra en puntillas y llama:)

Onelia

Francisca... Francisca...

Francisca

(Vuelve la cabeza. Se persigna rápidamente y se levanta)

¿Qué hay?

Onelia

No sé qué hacer, qué nueva excusa inventarme para toda esa gente a la que hay que dar con las puertas en las narices.

Francisca

Hay que decir a todos lo mismo: que la señorita Beatriz sigue mal y que por ahora están terminantemente prohibidas las visitas.

Onelia

Saben que mentimos. Al médico no lo han llamado ni por guardar las apariencias. Al cura, en cambio...

Tienes razón.

Francisca

Onelia

¡Una monstruosidad!... Hace tres días que murió la señorita Beatriz y aún la están velando como si esperaran verla resucitar. Se portan demasiado raros. Además, un velorio sin un buen genio y sin flores, no es decente.

Francisca

Estarán esperando a don Crispín para enterrarla.

Onelia

Pues yo no lo esperaría. El a lo suyo, que con sus vicios tiene. Los de aquí, a cumplir con su deber.

Francisca

¡Mujer!

Onelia

Parece que se lo ha tragado la tierra. Desde que murió la señorita no hacemos otra cosa que mandarle recados a las casas de esas...

Francisca

(Cortándole prontamente).

¿Es que vas a decir una mala palabra?

Onelia

Perdóname.

(Después de un momento).

¿Te han dejado verla?

Francisca

(Altiiva)

A mí nadie me lo prohibiría. Si no me he acercado más es por respeto.

Onelia

(Resolviéndose)

Con este calor, ¿sabes?, y como hace tres días...

Francisca

Como era delgada tal vez demore más que otros.

Onelia

Una prima mía, más seca que un alambre, ya hedía a las dos horas de muerta.

Francisca

(A quien desagrade esta conversación)

Bueno, mejor hacemos lo que tenemos que hacer y nos callamos. No es precisamente a nosotras a quienes tendrían que dar cuenta...

Onelia

Pero a los vecinos, a los amigos, al pueblo entero... ¡Vaya si me molesta! Como que soy la encargada de ladrarles.

Francisca

Tranquilízate. Ningún mal puede haber en todo esto. El padre Bernardo se ha pasado estas últimas noches rezando a los pies de la cama.

Onelia

¿Aún sigue allí?

Francisca

Sí, él y la señorita Emilia. De los de la casa, a ella es a la que tengo más pena.

Onelia

Pues yo no. Los tres están cortados con la misma tijera. Sin la señorita Beatriz esta casa ya no será la misma.

Francisca

¡Nadie sabe lo que nos espera!

(Amadeo entra por la derecha. Facciones agradables aunque un tanto duras. Sabe ser tan encantador como detestable, pasando de una actitud a otra sin transición. Modales finos, aunque varoniles).

Amadeo

¿Escogen ustedes este sitio y este momento para murmurar?

Onelia

(Con marcada hipocresía)

¡Oh, señor!

Francisca

Nosotras sabemos también respetar estas cosas.

Onelia

¡Queríamos tanto a la señorita!

Amadeo

(Fastidiado).

Bueno, basta de explicaciones.

Francisca

Onelia vino a consultarme sobre lo que debe hacer. La gente continúa llegando y haciendo preguntas. Por lo visto se han enterado...

Amadeo

¿No andarán las lenguas demasiado sueltas en esta casa?

Francisca

(Con dignidad).

La muerte es difícil de ocultar, señor. Se respira a cien leguas de distancia.

Amadeo

(Entre dientes, como para sí mismo).

¡No ésta muerte!

Francisca

¿Qué decía?

Amadeo

Nada que puedas comprender.

(A Onelia).

Mire, Onelia, su permanencia en esta casa depende de que nos mantenga usted a salvo de curiosos. Les dirá que hemos contraído la peste, si es necesario.

(Onelia va a decir algo).

En todo lo demás le aconsejo prudencia y discreción. De lo contrario la pondremos a usted de patitas en la calle. ¿Está claro?

Onelia

Sí, señor. ¡Está claro!

(Sale).

Amadeo

Quiero que lo sepa de una vez, Francisca. Esta casa ha tomado un nuevo rumbo. No sé si sabrá usted que la tía Beatriz nos lo deja todo. Eso quiere decir que tenemos las riendas de la autoridad en nuestras manos. Entre sus oficios está el de mantener el orden y la obediencia en la servidumbre. Por cualquier falta, de quien fuese, será usted llamada a rendir cuentas. Como verá, el cambio es radical.

Francisca

Pero...

Amadeo

(En voz alta).

¡Y no me rebajaré a discutir mis órdenes con Ud!

(Emilia llega desde la habitación del fondo. Viste de negro y lleva un pañuelo en las manos con el que sospechamos se ha secado algunas lágrimas. Es arrogante, pero serena. No sabemos si su rostro revela dolor o perplejidad).

Emilia

Tus gritos, Amadeo... Se oyen allá dentro y el padre Bernardo no ha terminado aún sus oraciones.

Amadeo

(Conteniéndose).

Está bien... Por lo demás, ya lo he dicho todo.

Emilia

(Viendo que Francisca se limpia con mucho orgullo una lágrima con el delantal).

¿Se puede saber qué ha sucedido?

Amadeo

Nada ha sucedido. Francisca y yo aclarábamos ciertos puntos que nos serán de gran utilidad de ahora en adelante.

¿Puedo retirarme? Francisca

Amadeo

Dígame antes qué se ha sabido de don Crispín.

Francisca

(Con sorna).

No está en ninguna de sus casas.

Emilia

¿Qué quiere usted decir con eso, Francisca? Esta es la casa de don Crispín.

Amadeo

(Sin darle tiempo a contestar).

Puede irse ya. Y más tarde tráiganos café.

Francisca

Muy bien, señor.

(Sale por la izquierda).

Emilia

¿Por qué no has dejado que me contestase?

Amadeo

Mi pobre hermana hace unas preguntas inefables a los criados. Lo que te acabo de evitar es el rubor que te hubiera producido una verdad desagradable, dosificada con toda mala intención por un inferior. Una verdad de la cual estás, por otra parte, sobradamente enterada.

Emilia

Lo repito: No le conozco otra casa que ésta.

Amadeo

¿Crees que ésta es su casa porque cada semana aparece dos o tres veces y eso para no disgustar demasiado a la tía? Esta no es su casa, sino su cochera. Aquí viene a repararse y a proveerse.

(Hace chasquear los dedos).

Emilia

¿Hace mal? ¿Pedías tú menos que él?

Amadeo

¡Y lo defiendes!... Tiras más para el primo que para el hermano.

Emilia

Para mí los dos son iguales: débiles y dignos de compasión.

Amadeo

(Pesándose en la balanza).

¡Débil, yo!

(Violento).

Nunca he sido hombre de mujerzuelas, ni un alcohólico, ni un trasnochador...

Emilia

No; tienes la rectitud de los pequeños pecados consentidos. Ellos también nos vuelven despreciables.

Amadeo

La meditación no es tu fuerte. Dí al padre Bernardo que no pierda su tiempo iniciándote en tales disciplinas.

Emilia

Lo sé; no pretendo ser mejor que ustedes.

Amadeo

La verdad es que no debemos ser tan despreciables cuando hemos recibido la protección de una santa.

(Se nota una entonación burlesca en la frase).

Porque ella tuvo que conocer nuestras vidas de punta a cabo. Para algo estuvo viva durante ochenta y un años, mirándolo todo, oyéndolo todo... ¡Demasiado despierta!

Emilia

No parece sino que se lo reprocharas.

Amadeo

Cuando se tienen herederos no es aconsejable impacientarlos durante tanto tiempo. Nos ha exigido demasiado. Aún ahora... ¿Es que no podía morirse como todo el mundo?... Nos hubiera dejado oficialmente apenados y satisfechos. Esta situación, en cambio...

Emilia

El propio padre Bernardo está confuso.

Amadeo

¿Has notado alguna alteración esta mañana? Algo, en fin, que...

Emilia

Inútil. Todo lo predijo con exactitud.

Amadeo

Tres días de calor agobiante y el cadáver igual, inalterable, sin el menor asomo de corrupción. ¡Es como para volverse uno loco!

Emilia

La he vestido esta mañana, apenas amaneció, con uno de sus mejores trajes. No tuve necesidad de ayuda. Nada de rigidez. Cedía a mis manos como una criatura consentida, casi facilitándome la tarea. Hasta me dio la impresión de que me sonreía.

Amadeo

¿Es que vas a dejarte obsesionar hasta ese extremo?

Emilia

No olvidaré fácilmente nuestra última conversación. No puedes saber lo que fue aquello. Poco antes de morir me llamó para decirme que su final estaba próximo. Su muerte fue como un acto de voluntad, casi deliberado. Se veía igual que siempre. Sólo su respiración se notaba entrecortada. "Nada de médicos", me dijo, "únicamente el padre Bernardo". "Me dejarán aquí tres días, óyelo bien, es preciso que lo recuerdes". ¡Oh Dios mío! En esos tres días debíamos dedicarnos a observarla. Dios le hacía el gran bien de concederle aquello por lo que tanto había rezado. Dios la ayudaba en su empresa. Me lo dijo con la mirada transfigurada por la proximidad de la muerte: Su cuerpo permanecería intacto esperando, esperando... Entonces cerró los ojos y ya no la oí respirar más.

Esperando...

Amadeo

(Impaciente).

¿Esperando qué?

Emilia

¡Quien sabe! En cuanto a la carta, se limitó a entregármela.

Amadeo

¿Cómo pudo tramar un plan tan complicado? ¿Qué se proponía tía Beatriz con todo eso? Hubo necesidad hasta de un milagro.

Emilia

Lo que ella se propone está aun por verse.

Amadeo

La verdad es que su bondad lograba amedrentarme a ratos. Era una bondad demasiado lúcida. Lo sabía todo. Hasta creo que tenía clasificados nuestros pensamientos según la hora y el día. Cuando a las diez de la mañana yo venía a darle su acostumbrado beso, siempre tenía cara de perdón. ¡Nunca lo pude soportar! ¿Quieres saber lo que yo pensaba exactamente a las diez de la mañana? Casi se lo susurraba al oído al inclinarme sobre ella "¿Es que todavía no te has muerto?" Lo pensaba con tanta fuerza que casi era un grito.

(Beatífico).

Ella se limitaba a sonreírme, ¡perdonándome!

Emilia

¡Oh, que cruel puedes llegar a ser!

(Trata de llorar).

Amadeo

¿Lloras?...

(Cínico).

¿Para quién lloras? ¿No ves que estamos solos?

(A Emilia no le queda otro remedio que contenerse).

¿Y tú, la querías acaso? Te rebajó hasta hacer de ti una sirvienta. A Juan Viñas ni lo recibió cuando vino a pedir tu mano. Recién viudo y con dinero, era un partido ventajoso para ti. Pero ella no quería perderte.

Emilia

Decían que había matado a sufrimientos a su primera mujer. Ella quiso preservarme, defenderme...

Amadeo

¡Mientes! Te hubieras fugado con él. Pero no te permitió hablarle el tiempo necesario para que te lo propusiera. Se casó de nuevo con otra a quien ha hecho feliz. No te atreves a confesarlo. Aprietas los labios y te envenenas, ¡a solas!

Emilia

Te equivocas. Juan Viñas no significaba nada para mí.

Amadeo

Durante un mes no hiciste otra cosa que llorar en tu habitación.

Emilia

¿Es que no vas a dejar de torturarme?

(Pausa. Luego, esquivando su propio problema).

Es duro que la taches de egoísta cuando nos lo ha dejado todo. ¡Hay que agradecerse!

Amadeo

Nos deja aun más de lo que podemos agradecerle. ¡Se nos da ella misma! El destino jugándome una mala pasada. Ahora está muerta; sí, lo conseguimos al fin. Pero muerta y todo sigue con su misma tenacidad, con su misma frente altiva, esperando mi beso de las diez. ¿Es que podremos soportarlo?

Emilia

¿Qué hacer entonces?...

Amadeo

¡Ya lo sé! Nada. No nos queda otra alternativa.

(Desde la habitación del fondo aparece el Padre Bernardo. Se pone un solideo. Es hombre maduro y robusto. Su rostro dulce y serio revela la bondad interior que da la verdadera vocación).

Emilia

Tome asiento aquí, padre.

Padre

Gracias.

(A Amadeo).

Buenos días, hijo.

Amadeo

Buenos días, padre. Se le ve a usted pálido. ¿No le estará usted exigiendo demasiado a su piedad?

Padre

Mucho me temo que nunca hacemos, siquiera, lo suficiente.

Emilia

No en este caso. Desatiende usted a su parroquia por cumplir con la pobre tía Beatriz.

Amadeo

(Como si recitase una fórmula).

Reciba usted las gracias en nombre de toda la familia.

Padre

(Con vigor).

Déjate de agradecimientos. No cumplo ni con Beatriz, ni con ustedes. Cumplo con Dios. Aunque Dios, en este caso, me niegue su ayuda para poder comprender.

Amadeo

¿Si le resulta difícil, por qué lucha?

Padre

Porque dejar de luchar sería negarme a la verdad.

Amadeo

¿Hay aquí una verdad que descubrir?

Padre

Toda muerte es una pregunta que alguien se contesta. Es como si su muerte no le hubiese brindado la quietud esperada. Como si estuviera requiriendo el pago de una deuda... ¡Esperando una contestación!... Ahora bien, ¿qué significado ha querido dar Beatriz a su muerte? Es lo que me tortura y me desorienta.

Amadeo

Para ser usted un sacerdote, le encuentro falto de fe. ¿Cuántos santos no han hecho lo mismo que ella? Si la iglesia ha caído de rodillas en tales ocasiones, haga usted ahora lo mismo y acepte...

Emilia

Dígame, padre, ¿era tía Beatriz una santa? ¿Es este un verdadero milagro...

Padre

... o sólo un caso extraño y sorprendente? ¿Es eso lo que quieres decir?

Amadeo

¡Cuánta sagacidad!... Comprendo; en estos asuntos no les está permitido a ustedes, simples sacerdotes, formarse un juicio propio. La fe, para ustedes, debe estar estipulada en el Catecismo. De lo contrario...

Padre

Lo que no se nos aconseja es dictaminar. Afortunadamente no está dentro de nuestra misión el imponer santidades a nuestro arbitrio y mucho menos valernos de los milagros para crearnos una aureola de moral.

Amadeo

Con semejante mentalidad se pregunta uno como ha podido la iglesia proveerse de un santoral tan nutrido.

Padre

El verdadero milagro consiste en eso: en que los milagros se impongan aún después de siglos de haber sucedido. Cada mila-

gro necesita de otro milagro para que la unidad con Dios esté completa. La materia asombra groseramente, nos deslumbra como un buen equilibrista en la cuerda floja. Pero el espíritu es la verdad. Hasta que el milagro no pase de la carne al espíritu, sigue incompleto.

Amadeo

¿Quiere usted decir que aquí no se ha producido más que medio milagro? ¡Es algo! Ya nos encargaremos de la otra mitad.

Padre

Quiero decir, exactamente, que entiendo poco de milagros. No ya enteros; ¡ni siquiera de milagros a medias! Los curas de provincia, simples curas, —has dicho bien—, deben ser modestos. Queremos bondades corrientes, gentes humildes con sus fardos similares de pecados al hombro. Lo extraordinario nos desconcierta.

Amadeo

(Sonriendo).

¿Miedo?

Padre

No lo creo.

Amadeo

(Con sorna).

Exceso de humildad, entonces.

Padre

Algo peor: Desconfianza de nosotros mismos. Nos conformamos con ganar el cielo paso a paso, poniendo el pie en terreno hollado y seguro.

Emilia

Pero tía Beatriz habla en su carta de una revelación. Previó su muerte y los detalles se cumplen.

Amadeo

No comprendes, Emilia. El padre encuentra escandaloso que tía Beatriz, sin moverse de esta casa, rodeada de riquezas y co-

modidades, haya alcanzado una santidad a la que él, abnegado sacerdote, no se atreve a pretender.

Emilia

Estás ofendiendo al padre Bernardo.

Amadeo

Dígale que no, que no trato de ofenderlo.

Padre

No te preocupes, Emilia. ¡Es desconsolador! Tal vez entiendo más de pecadores que de santos.

(Pausa).

En un enigma; en eso me la ha convertido su muerte.

(A Amadeo).

No te soy simpático, hijo y tal vez es mejor que así sea. Mi deber es inquietar tu conciencia,

(Con vigor).

exigirles a todos que den a este suceso extravagante, grotesco, un viso de humanidad...

(Amadeo se sobresalta. Emilia queda inmóvil).

Amadeo

¿Qué pretende?

Padre

Dar a la tierra lo que le pertenece. Beatriz debe ser enterrada esta tarde sin más demora.

Amadeo

¿Ha enloquecido usted, padre?

Emilia

(Nerviosa).

Y Crispín aun sin aparecer...

Amadeo

Si. ¡Crispín! Tía Beatriz exige que el asunto sea resuelto a unanimidad. Además ¿pretende usted que renunciemos a una fortuna?

Padre

¿Se perdería esa fortuna?

Amadeo

Mire, padre, es duro hacerse a la idea de convivir con una muerta y más si esa muerta es nuestra adorada tía Beatriz. Si nos enseña usted cómo deshacernos de ella, sin que ello logre afectar nuestros intereses, seremos sus eternos deudores. Mientras tanto, ¡ni qué decir! ¡Nos pertenece! Será reverenciada y nos golpearemos el pecho hasta reventar... y ya verá usted cuántos adeptos ganaremos. Con la mano llena de oro es fácil.

Padre

(Como en una plegaria).

¿Por qué, por qué ha hecho ella eso, Dios mío?... ¿Y por qué lo has permitido?...

Amadeo

Un buen donativo a su parroquia y esa pregunta no se hubiera formulado.

Emilia

No sabe lo que dice. Perdónele.

Padre

¡Perdonar! Me he acostumbrado tanto a ello que ya lo hago sin mérito.

(La entrada de Crispín viene a aliviar la tensión. Es lo contrario de Amadeo. Descuidado de su persona, los cabellos revueltos, la ropa un tanto en desorden sin el indispensable corbatín. Sin embargo es simpático. Irrumpe con una locuacidad natural e irreflexiva).

Crispín

Un personaje hace su aparición. ¡Salud!

(Ejecuta una amplia reverencia, quitándose un imaginario sombrero, como un personaje de capa y espada en una mala comedia de la época).

Emilia

¡Al fin!

Amadeo

¡Vaya trabajo el que nos ha costado dar contigo!

Crispín

Si me encuentras, avísame. Aún ando perdido.

Emilia

¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho?

Crispín

Me perfecciono. Me amplío. Extiendo mis dominios.

Emilia

Eres egoísta. Te diviertes y no nos prestas la menor ayuda.

Crispín

Si supieras qué dolor es también divertirse. Deseas estar allí y allí te quedas... un día, una hora... pero inmediatamente te aburres. Más allá, siempre más allá... Y otra cosa... y otra... y otra.

(Ha ido cerrando el puño. Lo abre).

Nada, ¿ves?... Eso: ¡Nada!... Es divertido, pero duele, ¿verdad?

(Sonríe).

Emilia

¡Eres imposible!

Crispín

Y ustedes siempre lo mismo, en el mismo sitio, diciendo las mismas cosas. ¡Puf!

Amadeo
(Gritándole).

¿Quieres callarte? Hablas, hablas, y no pareces darte cuenta...

Crispín

(Desorientado, mira al Padre. Con una tardía reacción, en voz baja).

Mucho gusto, padre. Encantado de verlo. Yo...

(Le da la mano).

Padre

¿No has hablado con nadie allá abajo?

Crispín

No. Algo me gritó Francisca cuando subía, pero no la oí. ¿Sabe?, me gusta subir de tres en tres los peldaños. ¿Pero, qué pasa? ¿Está enferma la vieja?

(Descartándolo).

Inútil; nunca se enferma. Tiene una salud de acero. ¿Enojada? Eso es. Está enojada conmigo. Es lamentable. Me costará escurrir el bulto lo más pronto posible.

Padre

(Con naturalidad).

Hijo mío, tu tía Beatriz ha muerto.

Crispín

¿Cómo? ¿Muerto, ha dicho usted? ¿Y ha podido ella morir así, sin previo aviso ni protocolo? Lo lamento: no puede ser posible. ¡No encaja!

Padre

Verás como nada encaja hoy aquí. ¡Resígnate! Allí la tienes.

Crispín

(Dejándose caer en un asiento).

Verdaderamente ha sido una sorpresa. No pensé que sucediera así, tan de repente. Bueno, pido que me disculpen. Si quiere, puede usted empezar por regañarme, padre. Me hará bien. Lo necesito.

Amadeo

¡Santa contrición! Si no hubieras andado por esos barrios, emborrachándote...

Crispín

Al padre se lo pedía, no a tí...

Amadeo

Una conducta que nos humilla.

Emilia

¡Déjalo! Ya es suficiente.

Amadeo

Está bien; como lo prefieras.

Crispín

(Después de un prolongado suspiro).

Es inútil que pretenda afligirme, pero lo lamento. ¿Cuándo ha sucedido?

Emilia

Anteayer, a las cuatro de la madrugada.

Crispín

(Con voz de falsete).

¿Anteayer?

Amadeo
(Molesto).

Si, anteayer. A las cuatro de la madrugada. Es exactamente lo que Emilia ha dicho.

Crispín

¿Han estado esperándome todo ese tiempo? Es curioso. ¿Y la gente? ¿Y los preparativos para el entierro, dónde están?

Padre

Escúchame bien. Tienes ahora que enfrentarte a una gran responsabilidad y tu deber es comprender, tratar de reflexionar...

Crispín

¿Tan desagradable es?

Amadeo

Rogamos al padre que no nos desvíe del asunto principal con tales subterfugios. ¿Pretende ganárselo antes de que nosotros tengamos tiempo de explicarle...?

Crispín

Sólo deseo que se me ponga al corriente de todo lo antes posible.

Amadeo

Bien. Iremos por orden.

Padre

(Levantándose, a Amadeo).

¿Crees que te sentirías más a gusto sin mí?

Emilia

(Enérgica).

No lo permitiré. El padre se queda.

Amadeo

Tal vez Emilia tenga razón. Yo también voy a pedirle que no se marche. Estamos reunidos y esta es una buena oportunidad para considerar detenidamente y por última vez, —óigalo bien, padre— ¡por última vez!, la presente situación.

Crispín
¡Estoy sobre ascuas!

Amadeo
(A Crispín).

Tía Beatriz ha dejado una carta, una especie de copia de su testamento oficial. ¿Ha tenido usted oportunidad de leerla, padre?

Padre

No, pero estoy enterado por Emilia.

Amadeo

(Ha sacado la carta de uno de sus bolsillos).

No es lo mismo. Aquí la tiene. Obsérvela. Vea usted su letra, sin un borrón ni una tachadura.

Padre

(Tomando la carta).

La conozco bien. Una letra casi infantil...

Emilia

Léala usted en voz alta para que la oigamos.

Amadeo

Si, eso: léala, léala... Y no creo que llegue a dudar de la sinceridad o de la cordura de quien ha escrito esas líneas.

Crispín

Empiezo a sentirme la garganta como un horno. Estoy aturrido. Un trago no me vendría mal, antes de...

(Va a levantarse).

Amadeo

Tú te quedas donde estás y no te mueves. Un minuto de seriedad es cuanto exigimos de tí.

(Adulador).

Además de que tu opinión es indispensable.

Crispín

Sí, por la primera vez...

Amadeo

Ya ves: eso has ganado.

Emilia

(Al Padre).

Puede comenzar.

Padre

(Los mira a todos. Se arregla las gafas. Luego carraspea y comienza).

"Primero.— Yo, Beatriz Eduvigis Sotomayor Taveras, soltera, de ochenta y un años de edad, en plena posesión de mis facultades y por mi libre y espontánea voluntad, dejo todos mis bienes, muebles e inmuebles, a mis tres sobrinos: Amadeo Sotomayor García, Emilia Sotomayor García y Crispín de La Fuente Sotomayor".

(Pausa. Tos nerviosa de Amadeo. Silbido de asombro de Crispín. Emilia se enjuga una lágrima que no ha tenido tiempo de llorar).

"Segundo.— La condición para hacer efectiva esta herencia es la siguiente: no deberé ser enterrada. Dios me ha hecho el don de la incorruptibilidad y permite que mi cuerpo siga entre los míos tal y como si estuviera viva, hasta que mis propósitos se cumplan. ¿A cuáles propósitos me refiero? Es un secreto entre Dios y esta su sierva"

Crispín

¡Increíble! ¡Fantástico! ¡Asombroso!

(Ha llegado de nuevo al falsete).

¡Es que no tiene pies ni cabeza!

Amadeo

Ya te acostumbrarás a la idea.

Emilia

Pido que no se interrumpa la lectura.

Crispín

¿Pero es que hay más todavía?

Amadeo

Continúe, por favor, padre Bernardo.

Padre

(Reanudando la lectura).

"Por más fantástico que esto pueda parecer a los míos, pido ser creída a ojos cerrados ya que si nunca he manchado mis labios con una mentira, no me atreveré a hacerlo ahora que estoy próxima a morir. ¡Nunca osaría poner en peligro mi salvación eterna!"

(Hace una pausa).

Tercero.— "Si en cambio es resuelto a unanimidad que la carga de este viejo cuerpo no compensa las ventajas de una holgada posición económica, deberá ser usada mi fortuna en la creación de un hospital para niños pobres. De esta manera y previa renuncia a cualquier ventaja económica de parte de mis deudos y sucesores, podrá mi cuerpo ser reintegrado a la santa paz de la tierra. Queda el asunto, pues, en manos de mis herederos. Es necesario que ellos encuentren solos el camino".

(El Padre Bernardo levanta la cabeza. Abstraído, como conversando consigo mismo).

He aquí un párrafo interesante.

Amadeo

No más interesante que los demás.

Padre

Muchísimo más. Aquí la encuentro a ella, la siento vibrar, casi descubro sus propósitos. No del todo... Algo así como un atisbo...

(Repitiendo).

"La santa paz de la tierra..."

Emilia

Hay también una postdata.

Padre

(Cogiendo el papel por el borde).

"Postdata: Pido perdón al padre Bernardo por haber callado".
¡Pobre Beatriz! ¡Cuán emocionante resulta ahora su habitual cortésia!

Amadeo

(A Crispín, señalando la habitación en donde yace Tía Beatriz).

¿Quieres verla?

Crispín

(Prontamente).

No, no... Todavía no estoy preparado. Realmente, necesitaría un trago. Es difícil poner en marcha esta caldera vieja sin el acostumbrado combustible.

(Se golpea la frente).

Amadeo

Oyeme bien, se trata de nuestra seguridad y hay que resolver enseguida. Si has tenido menos tiempo que nosotros, peor para ti, por tu culpa ha sido. Hace tres días que luchamos por contener la curiosidad del pueblo, especialmente la de ancianos y beatas. Sólo nos queda actuar rápidamente. Has oído las condiciones que tía Beatriz nos impone en el testamento para que podamos ser sus legítimos y únicos herederos. ¿Las aceptas?

Crispín

Calma es lo que necesito. Un poco de calma.

(Ríe).

Pensar que buscaba nuevas aventuras y sensaciones nuevas fuera de casa, sin sospechar que aquí me esperaba la más extravagante de todas.

(Pausa).

Y Emilia, ¿se ha decidido ya?

Amadeo

Emilia resuelve lo que yo le aconseje.

Emilia

¡Qué fácil lo pones! Claro, Emilia nunca ha tenido voluntad propia. Siempre detrás de todos como un perrito faldero. ¡La eterna intermediaria!... Ahora me he liberado y quiero resolver yo sola mis problemas sin que ninguno se me imponga.

Amadeo

(Extremadamente cortés).

Te ruego tengas la amabilidad de serenarte. Tú misma resolverás.

Emilia

¿Lo que mejor me convenga?

Amadeo

Lo que mejor nos convenga, Emilia. ¿Serían tan locos que se negaran a aceptar una fortuna?

Emilia

(Sin mucha convicción).

No aceptaré la herencia si no lo creo conveniente.

Amadeo

¿Realmente, nos harías eso? Imagina tu vida... Dueña absoluta de esta casa, envidiada por todo el pueblo... y hasta pretendida. Ahora que eres libre y rica se te acercarán, te lo aseguro.

Emilia

¿Piensas que a mi edad esas cosas aún pueden preocuparme?

Amadeo

¿Y tú, Crispín? ¿Has pensado en lo que podrás disfrutar, de ahora en adelante?

Crispín

Tu alegato sería brillante si realmente necesitáramos ser convencidos.

Amadeo

(Tiene el rostro triunfante).

¿Entonces...?

Padre

(Inexorable).

El entierro debe realizarse de cualquier manera. No importa quien salga perjudicado. Es lo cristiano. Es lo justo. Es lo normal.

Amadeo

Obedecemos a alguien que está más cerca de Dios que usted. Las órdenes de tía Beatriz cuentan con la aprobación divina. Deje de preocuparse. De todos modos recibirá usted los gastos del entierro.

Emilia

Es inaceptable tu modo de expresarte.

Crispín

¿Realmente crees en lo que dices? Te has dejado llevar por un elocuente arrebató místico.

Amadeo

Es nuestro mejor argumento y debemos explotarlo.

Crispín

Comprendo.

Padre

(Tratando de ser convincente).

No me lo creerán, pero los quiero a todos, aunque alguno que otro me desprecie. Quería a Beatriz y su descanso eterno me preocupa tanto como a ustedes la posesión de la herencia. Soy un sacerdote y un amigo. Debo ser escuchado. Pido que se la entierre esta tarde con todos los requisitos que exige nuestra Iglesia.

Amadeo

Y yo exijo que respondan a mi pregunta. ¿Aceptan o no lo que tía Beatriz, de buen grado, nos ha querido dejar?

(Momento difícil. Nadie responde. Se oye el tic-tac del reloj, acompasadamente, como los pasos de una conciencia inalterable. Entonces entra Francisca con el café. Tazas, azucarero y cafetera de porcelana en una bandeja que coloca al lado de Emilia, en una mesita baja).

Francisca

Vinieron cuatro caballeros del Club.

Emilia

¿Qué querían?

Francisca

Solicitaban el permiso para llevar el ataúd de la señorita Beatriz durante el cortejo. Preguntaron la hora del entierro. Como ya está aquí don Crispín, creen que la cosa no puede demorar.

Emilia

Bueno, al fin se han enterado.

(Pausa).

¿Qué les has dicho?

Francisca

Pues... que se les avisaría con tiempo.

Emilia

(Nerviosa, al Padre).

Tome una taza de café ante de que baje a reponer sus fuerzas con un buen desayuno.

(Emilia le alargaba una taza al Padre).

Padre

Con el café bastará.

(Amadeo recibe su taza, Crispín la rechaza).

Amadeo

Francisca, tenga la bondad de anunciar a todo el que llegue que se ha aplazado el entierro de tía Beatriz. Les dirá también, casi como una información muy personal suya, que lo más probable es que dicho entierro jamás se realice.

Francisca

No lo comprendo en absoluto, señor. Hace tres días que la señorita Beatriz...

Amadeo

(Con sorprendente calma).

Está usted perfectamente enterada. La señorita Beatriz cumple hoy tres días de muerta.

Francisca

Entonces no he comprendido bien su orden, señor.

Amadeo

Se la repetiré. Dirá usted a todo el que lo desee oír, que tía Beatriz se queda en casa. Que no habrá entierro de ninguna clase; ni de primera, ni de segunda, ni de tercera. ¡Es cuanto!

Francisca

(Con creciente asombro).

¡Oh Jesús, que desgracia!

(Sale con el rostro trastornado).

Padre

He ahí una pobre mujer escandalizada. Tendrá usted que sosegarla, Emilia, explicarle...

Crispín

(A Amadeo).

¿No te has adelantado? Aún no habíamos resuelto.

Emilia

Quiere mandar sobre nosotros, imponérsenos. Debimos desautorizarlo ante Francisca.

Amadeo

La alarma es innecesaria. Es fácil llamarla y rectificar la orden.

(Después de un momento).

Ya ven, nadie se decide a hacerlo.

Padre

Supongamos que los tres están de acuerdo en aceptar la herencia. ¿Permitirán las autoridades, —observen que dejo a un lado las exigencias de la Iglesia—, que un muerto quede como un adorno macabro en los sitios en que lo queramos poner? ¿No es, pues, obligatorio enterrarlo?

Amadeo

Es ridículo. Este no es un caso como los demás.

Crispín

¿El hecho de que permanezca intacto, no lo sustrae a la ley, no lo hace distinto?

Padre

No lo hace distinto ni para la Iglesia.

Amadeo

Ya conocemos sus opiniones al respecto. Usted olvida una cosa, padre: Nuestro rango social. Gozamos de un prestigio inmenso. Para nosotros mover las piedras de la ley, es fácil.

Padre

¿Cómo podrán hacerlo?

Amadeo

Haciendo sonar unas cuantas monedas, o si no... golpeando. Son los dos medios de convicción más poderosos.

Padre

Pero hay seres fuertes, incapaces de corrupción.

Amadeo

Seres fuertes a los que sus aspiraciones, no las llamemos ambiciones, hacen vulnerables. ¿No lo comprende usted, padre? Tendremos siempre la razón.

Padre

Con que uno solo reconozca que no la tienen, será suficiente. ¿Crees que el Gobernador es un hombre fácil de seducir?

Amadeo

¿Don Pedro Rodríguez y Carvajal? Sí; un hombre honorable... con un sueldo poco honorable. Muy digno, pero no puede pagarnos cada mes el alquiler completo de la casa en que vive. Hace poco le escribió a tía Beatriz que sus intenciones eran mudarse a otra casa más dentro de sus posibilidades. Para él, esto será una catástrofe. Le quitan su fachada, su escalinata de piedra, sus balcones que le permiten, cuando se asoma a ellos, adecuar una sonrisa, inflar su pecho e inmovilizar su saludo condescendiente, como si estuviera posando para su propia estatua. Un gran hombre... sin casi. Eso es don Pedro Rodríguez y Carvajal.

Padre

Sin embargo, creo que resistirá la clase de tentaciones que puedan venir del dinero.

Amadeo

¿Lo da usted por seguro?

Emilia

El Padre Bernardo tiene razón; ¿cómo saldremos de este conflicto?

Amadeo

Deben dejar el asunto en mis manos. Tendremos éxito, se los aseguro.

Crispín

Si tus estudios de derecho no te sirvieron para crear leyes, que por lo menos te sirvan para burlarlas.

Amadeo

¿Sabes, Crispín, que posees cierta inteligencia estimulante? Sólo necesito la seguridad de que no voy a luchar en vano. Aunque ya sé lo que has resuelto, dí tu aceptación, Crispín, que te la oigamos todos.

Crispín

No faltaria más. Aquí está y aquí se queda.

(Como en un brindis).

¡Bienvenida será la muerte en la casa de los vivos!

Amadeo

(Riendo).

Eso está bien... Y tú, Emilia, escúchame una vez más...

Emilia

¿Por qué voy a dejar que te me anticipes? Ahora no. Ahora soy yo la que debe entregar su confesión, voluntariamente... Porque sobrelleva usted el peso de una triple confesión, padre. ¡Y cuánta miseria podemos reunir entre los tres!

¿Acaso es necesario...?
Padre
Emilia

(Con un apasionamiento doloroso).

¡Sí; déjeme usted.. Déjeme confesarme aquí ante usted y ante ellos. Sin pudor, por la primera vez. ¿Confiaba usted en mí, en la rectitud de mi conciencia? ¿Suponía, acaso, que ellos me escandalizaban con sus argumentos? Piensa usted en mí con pena. Una mujer indefensa que tiene a su derecha un ambicioso y a su izquierda a un libertino. ¡Abominable custodia! Sin embargo, estamos hechos el uno para el otro! Tú le deseabas la muerte, Amadeo, cuando le estampabas en la frente tu beso de las diez de la mañana. Pero yo, sin deseársela, te superaba. Me vengaba de ella viéndola viva, pensando que su dolor debía ser profundo al saberse sola entre sus tres únicos parientes, casi sus hijos, ya que nos había recogido desde niños y criado. ¿Cuál era su compensación en la vejez? Ninguna. La hostilidad, la amargura, la falsa abnegación, la rodeaban. Esa era mi venganza, la más cruel y sutil de todas: saber que ella podía apreciarnos en nuestro justo y miserable valor, dejar que ella supiera la poca esperanza de amor que le quedaba en la vida.

Emilia!
Padre

(El padre cierra los ojos y reza. Amadeo va a decir algo entre satisfecho y confuso, cuando Emilia, embriagada, le interrumpe).

Emilia

Ahora es cuando soy verdaderamente tu hermana, Amadeo, y tu prima, Crispín... ¿Saben por qué acepto la herencia? ¿Saben por qué estoy satisfecha de tenerla aquí, para siempre, de poder cuidarla, dedicándole todo el tiempo que me queda por vivir? Pues porque ya no soy capaz de cambiar. Es demasiado tarde para comenzar. Me sentiré cómoda y a gusto peinando sus cabellos muertos, vistiendo sus formas heladas, sonriéndole al vacío. ¿No estoy yo también muerta?

Amadeo

Te casarás, Emilia. Cambiarás, te lo aseguro.

Emilia

Detesto tus ridículos consuelos.

(Pausa).

¡Sí, tenías razón, quería a Juan Viñas... Asomada a las persianas lo veía pasar, casi rompiendo la camisa con su musculatura de hierro. Era un hombre y yo lo deseaba. Sólo que mi deseo era como un fantasma que arañase en la oscuridad. ¡Un milagro! ¿Quién quería aquí un milagro? ¡Oh, Dios mío!... Ahora creo que tengo ganas de llorar verdaderas lágrimas, a solas.

(Sale apresuradamente por la izquierda).

Amadeo

¡Y yo que tenía miedo de que nos resultase un problema! Ya ve, padre, ha aceptado con una vehemencia que echa por tierra sus más premeditados sermones.

Padre

¡Que sea lo que Dios quiera!

Crispín

Si tenemos el mismo éxito con el Gobernador...

Amadeo

Lo tendremos. Te lo aseguro, Crispín.

Crispín

(Como si recitase un morólogo).

Debo poner la mayor atención. La próxima vez que me mire al espejo sabré como sonrío un hombre sabio, un hombre bueno, un hombre justo...

(Ríe).

Somos ricos y nuestros espejos, serán, principalmente, los encargados de adularnos. Como quiera, es una gran ventaja.

Amadeo

Créamelo, padre, no nos olvidaremos de usted ni de su parroquia. Es extraño que tía Beatriz no le dejara una suma discreta en el testamento. Pero no somos tan impiadosos como a primera vista se creería. Para demostrarle que aún somos católicos de tradición, me propongo suplir esa falta de Tía Beatriz, que debió ser involuntaria.

Crispín

Me adhiero yo también a la idea. La riqueza me ha traído un estado de gracia especial. ¿Qué idiota decía que el dinero fue inventado por el demonio? ¡Es tan fácil ser generoso cuando se tienen llenos los bolsillos!

Padre

Es mucho más difícil... Sólo que no ha llegado la hora de que lo sepas a fondo. Me ofrecen ustedes una... reparación, digámoslo así.

Amadeo

Eso mismo. Estaba seguro de que comprendería nuestras intenciones.

Padre

Se dicen ustedes: el plan que destinamos al Gobernador hagámoslo extensivo al cura...

Crispín

Ya ves, no era tan sencillo, Amadeo.

Padre

Aceptarles dinero significaría, para mí, soborno.

Amadeo

¡Qué palabra!

Padre

(Levantándose).

No una donación, no; por más generosa que ella sea, no bastará.

Amadeo

¡No ponga cuidado, padre. El asunto se volvería contra usted. Ya esta casa comienza a ser un santuario. Verá usted venir a todos sus feligreses a tocar estas paredes, llenos de reverencia, a besar estos objetos que serán valiosas reliquias.

Padre

Te equivocas; no es un santuario, sino una tumba.

Amadeo

¿Es lo que nos dice cuando le alargamos la mano amistosamente?

Crispín

¡Una tumba! ¿Cómo no lo pensé antes? Eso me ha parecido siempre. Por eso me ahogaba. No había otro remedio que huir... Pero ahora seré un muerto más en esta casa, viviendo, comiendo, respirando.

Amadeo

¿Estás aún borracho, Crispín?

Crispín

Eso es lo malo: ¡He dejado de estarlo!

(Entra Onelia por la derecha, indecisa).

Amadeo

(Con aspereza).

Y ahora, ¿qué quieres? ¿No estás cumpliendo mis órdenes?

Onelia

Oh, sí, señor. A nadie le he permitido pasar de la puerta. Lo hago tal y como el señor quiere. Lo juro. Me moriría antes de desobedecer al señor.

Amadeo

¿Y bien?

Onelia

(Estallando en lágrimas).

Es que al señor Gobernador no he podido negarle la entrada...
Está abajo esperando.

Amadeo

¿Has dicho que don Pedro está aquí?

Onelia

Le ruego que no me despida, señor. Hice mal, ¡oh, sí!, pero
a un hombre con tanta autoridad no se le puede una resistir.

Amadeo

¿Lo han oído? Este hombre nos cae directamente del cielo.

Onelia

(Haciendo un alto en sus lágrimas).

Entonces, ¿no está usted enojado?

Amadeo

¿Enojado?... Mira, te ruego que me perdones si antes estuve
áspero contigo. Ve, corre y dí al Gobernador que bajo en seguida.

(Deteniéndola).

¡No! Espera. Lo recibiré aquí mismo. Será de mayor efecto.
Lo conducirás hasta aquí. Sin apresuramiento, pisando en puntas
de pies si es preciso, como conviene a nuestro duelo. Le dirás que
estoy doblegado por el dolor y que permanezco junto al lecho
de mi pobre tía, donde me dignaré recibirlo.

Onelia

Sí, señor. Como usted diga.

(Sale).

Amadeo

¿Ve usted? Todo está de nuestra parte, padre.

Padre

Sin embargo, te excita la entrevista.

Amadeo

Sólo la gozo. Aquí se hará lo que nosotros querramos, con Go-
bernador o sin él.

Padre

Bueno, bajaré un momento. Necesito ver a Francisca antes de
irme. No es de las que se consuelan llorando. ¡Pobre mujer! Se
siente perdida.

Crispín

(A Amadeo).

Exito. Para abajo voy yo también en busca de alguien que me
diga donde se esconden en esta casa las botellas. Voy con usted,
padre. Bajaremos por la otra escalera. Un encuentro con don Pe-
dro Rodríguez y Carvajal no me sentaría bien a estas horas.

(Abre la puerta de la izquierda para que el padre
pase).

Amadeo

Emilia y tú deberán venir a recibir sus condolencias. Sería
de mal gusto que permanecieran escondidos. Calculen bien el
tiempo. Ni muy pronto, ni demasiado tarde.

Crispín

Antes de que encuentre lo que busco no será posible. ¡Lo siento!

(Va a salir).

Amadeo

(Con una sonrisa maliciosa).

¿Y si buscaras en el aparador?

Crispín

¡Bravo!

(Crispín sale, victorioso. Amadeo se compone el traje y ensaya una expresión de dolor. Se sienta y espera. Onelia y el Gobernador entran).

Onelia

Por aquí, señor.

(Amadeo se pone de pie, solemne. Onelia sale. Don Pedro se acerca, ceremonioso. Le da la mano en silencio).

Gobernador

Mi más sentidas condolencias.

Amadeo

Gracias. Muchas gracias.

(Le señala un sillón en el cual se sienta Don Pedro, con extremada dignidad. Amadeo se sienta a su vez).

Gobernador

(Entonándose. Habla de "vos" como en sus discursos, aunque a veces lo olvida).

Lamento profundamente perturbar vuestro dolor en una hora tan inapropiada, toda vez que vuestra casa ha permanecido cerrada para todo el mundo. Pero mis deberes de amigo íntimo y mis deberes de Gobernador, me urgían a presentarme sin dilación.

Amadeo

(Acongojado).

Gracias, gracias...

Gobernador

¡No hay de qué! Como amigo, sólo le aconsejo valor, ¡mucho valor!

(Pausa. El Gobernador se aclara la garganta. Se presenta que va a ir al grano de una vez).

En cuanto a mis deberes de Gobernador...

Amadeo

(Frontamente).

Le ruego disculpar a mi hermana unos momentos. Aunque el dolor la tiene recluida en sus habitaciones, ya le he mandado aviso de su visita. Lo mismo a mi primo Crispín.

Gobernador

Tendré sumo placer en saludarlos.

(Casi en seguida).

En cuanto a mis deberes de Gobernador...

Amadeo

(Levantándose).

Si desea, lo acompañaré a la recámara de tía Beatriz. Parece dormir tan placidamente que contemplarla le llena a uno el espíritu de profunda paz.

Gobernador

(Inconmovible).

Ya cumpliremos con ese deber. Mientras tanto, vuelva a tomar asiento y hablemos.

(Amadeo se sienta).

Digámoslo sin preámbulos y con todo el respeto posible. He recibido algunas quejas. El pueblo está... conmocionado.

Amadeo

¿Pero qué dice usted, señor Gobernador? ¿En vez de brindarnos comprensión, se nos recrimina?

Gobernador

Han corrido ciertas noticias... Se os acusa de negaros a mos-

trar el cadáver, como si la muerte hubiera advenido en circunstancias sospechosas.

Amadeo

¡Una calumnia! Es lo primero que le he invitado a hacer ¿Es, o no, cierto?

Gobernador

Hum... Sí. ¡Cierto!... Pero...

Amadeo

La verdad es que pasamos por una situación un tanto extraordinaria y hemos creído conveniente limitar las visitas. Habíamos resuelto llamarlo a usted para hacerlo nuestro primer confidente.

(Con prontitud y sagacidad, dirigiendo una significativa mirada al manteo que el padre ha dejado al fondo, sobre un arrimo de pared).

Es decir, nuestro segundo confidente.

Gobernador

(Siguiéndole la mirada).

Ah, ¿pero está el padre Bernardo aquí?

Amadeo

No nos ha abandonado ni un solo instante.

(Pausa).

El caso es, y debe usted saberlo sin más demora, que tía Beatriz ha anunciado antes de morir que probaría la verdad del espíritu sobre la materia. Y así lo ha hecho. Tres días de muerte y la muerte no la destruye.

Gobernador

¡Santos Dios!... ¿Pero está usted seguro?

Amadeo

¡Una santa! ¡Una verdadera santa! Nos sentimos orgullosos

de ella, por nosotros y por nuestro pueblo, al que Dios, en su infinita bondad, se ha dignado señalar.

Gobernador

Y pensar que ni siquiera lo sospechábamos...

Amadeo

Debo decirle que no es este el primer milagro que ella realiza. En vida a veces nos sorprendía. Era capaz de hacer maravillas...

Gobernador

¿No era vuestro deber llevarlo a conocimiento nuestro?

Amadeo

Ella no lo hubiese permitido. Pero esto... ¡imagínese!

Gobernador

¡Oh, si fuera cierto! ¡Maravilloso! ¡Una santa en el pueblo para nuestro uso exclusivo!

Amadeo

Y el Gobernador tendrá, también, parte de esa gloria.

Gobernador

¿Cree usted?... El padre Bernardo, ¿qué opina?

Amadeo

Sólo puedo anticiparle que la Iglesia está de plácemes. El señor Arzobispo ha sido avisado ya, y el padre no descarta la posibilidad de una canonización.

Gobernador

¡Oh! ¡Magnífico!

(Haciendo cálculos).

El padre Bernardo y yo... unidos...

Amadeo

No; no debe usted contar demasiado con el padre Bernardo. A él se le exige discreción, silencio... Hasta debo rogarle que no se dé usted por enterado ante él sobre este punto. Por ciertas razones eclesiásticas él no podrá reconocer la santidad de tía Beatriz hasta que no sufra las pruebas de orden.

Gobernador

Hum... Comprendo. Sin embargo debemos hacer algunos preparativos, por lo bajo, se entiende, para que el trayecto de nuestra santa hasta la iglesia adquiera solemnidad.

Amadeo

El caso es que tía Beatriz ha dispuesto otra cosa. Quiere permanecer... aquí.

Gobernador

Imposible. Es inaceptable que por un exceso de humildad nos prive de un deber tan sagrado.

Amadeo

Alabo un celo tan cristiano, pero...

Gobernador

(Perdiendo lirismo).

Además, la ley prohíbe...

Amadeo

La ley, la autoridad máxima, el rector, pudiéramos decir, de nuestra vida, es usted, señor Gobernador. Un Gobernador débil sería un contrasentido. Las altas esferas no verían con buenos ojos que usted titubeara en un caso de conciencia como este. Piense usted en la responsabilidad que caería sobre sus hombros.

(Don Pedro vacila).

¿Se opondría usted a los deseos de una santa mujer, corriendo el riesgo de que lo tildáramos de desagradecido?

Gobernador

¿A qué se refiere cuando habla de gratitud?

Amadeo

Debo hacer referencia a una carta que usted le mandó a mi tía hace apenas una semana.

Gobernador

(Con cierta vergüenza)

¿Está usted enterado?

Amadeo

Sí. Le anunciaba usted, con todo el dolor de su alma y en vista de que el anhelado aumento de sueldo no se producía, que su propósito era dejarle la casa que hace un tiempo le tiene alquilada.

Gobernador

Créamelo: fuera de esos muros me sentiré el ser más desdichado de la tierra.

Amadeo

Uno de los últimos pensamientos de tía Beatriz fue para usted. Estaba conmovida. Nos hizo jurarle que usted viviría la casa gratuitamente todo el tiempo que quisiera.

Gobernador

(Visiblemente conmovido).

¡Noble mujer! Pero mi dignidad sufre con ello.

Amadeo

Agregó que era ese un tributo de admiración al gran hombre.

Gobernador

¿Dijo ella eso?

Amadeo

Exactamente. Comprenda, además, que es el homenaje póstumo de un ser superior, de una santa...

Gobernador

(Tras un momento de indecisión).

Amigo mío, no me queda otra alternativa. Me hace usted feliz. Ya tengo nuevos ánimos para vivir. Sí; es una casa que da categoría.

(Con energía súbita).

Tenéis razón: un Gobernador débil es la ruina de una provincia. Os doy mi palabra. Pase lo que pase, la señorita Beatriz podrá seguir disfrutando de sus comodidades hogareñas. No seré yo quien me interponga en sus derechos. ¿Podré ser peor que la misma muerte, que la ha respetado?

Amadeo

(Levantándose y palmoteando su hombro).

¡Bien dicho! Eso sí, tendremos que proceder con cautela. Una santa es un acontecimiento al cual el pueblo ignorante debe acostumbrarse poco a poco. Al pueblo debemos dosificarle hasta el cielo, o de lo contrario lo agotarían en banalidades. No es bueno que la noticia corra de golpe. ¿Comprende? Lo echaríamos todo a perder.

Gobernador

¡Esos estúpidos! Molestar a gente como vosotros... Le juro que merecerían un castigo por provocar murmuraciones y desórdenes en las propias narices de su Gobernador.

Amadeo

Imperdonable, señor Gobernador.

Gobernador

Verán la clase de hombre que puedo ser. ¡Disciplina y rigor! Esos son los procedimientos adecuados.

(Entran Emilia y Crispín, este último con una euforia que demuestra que su sed ha sido debidamente calmada. El señor Gobernador está iluminado).

A sus plantas, señorita Emilia.

(Galante).

Si no fuera una inconveniencia diría que la palidez del dolor le sienta a las mil maravillas.

(Le tiende una mano que Emilia estrecha).

Buenos días Crispín. Hacía tiempo que no tenía el placer de estrechar su mano. ¿Estaba de viaje?

Crispín

¡Oh, no señor Gobernador! ¿Es que no conoce usted el sitio en que puede ser uno raptado con facilidad?

(El Gobernador carraspea. Crispín le guiña un ojo).

Es necesario que intervenga usted. Exigen un rescate subidísimo.

Emilia

Crispín, tus historias son del peor gusto. No le interesan al señor Gobernador.

Gobernador

Déjelo, si trata de descargarse. Ha sufrido demasiado. Son los extraños fenómenos que puede causar un dolor intenso.

Crispín

Es usted un hombre de análisis. Lo felicito. Ha dado en el clavo.

(Vuelve a guiñarle un ojo).

Gobernador

(Como un medio de recuperar su dignidad, a deshora).

Recibid mis más sentidas condolencias por tan lamentable pérdida.

Gracias. Emilia

Crispín

(Probando un rostro serio pero con voz de falsete).

Muchas gracias.

Gobernador

(Señalando la habitación del fondo).

Ahora pasaré adentro.

Amadeo

Con mucho gusto.

(Cediéndole el paso).

Usted primero.

(Antes de salir hace un gesto a Crispín con una de sus manos, que indica victoria).

¡El muy diablo! Crispín

Emilia

Se portan ustedes en forma detestable.

Crispín

(Burlón).

¿Verdad?

Emilia

Si te dejo, llegas hasta aquí con el vaso y la botella.

Crispín

El complemento digno de un caballero. Sin embargo, en la mesita del pasillo quedan todavía bastante cerca. Basta con abrir la puerta y tender el brazo.

Emilia

(Dando cuerda al reloj).

Las diez están ya próximas.

Crispín

Después de todo es un consuelo pensar que aquellas entrevistas de las diez de la mañana se acabaran.

Emilia

La mitad de las veces faltabas.

Crispín

Con las que asistí tuve suficiente.

Emilia

¿Has entrado a verla?

Crispín

Desde que llegué no me han mandado a hacer otra cosa. ¿No comprendes que tendremos toda la vida para estarnos "despidiendo" ... de ella?

(Entran don Pedro y Amadeo).

Gobernador

¡Sobrecogedor! Perdóneme usted, amigo mío, si lo he importunado demasiado. Pero ante aquella imagen de bondad no tuve más remedio que caer de rodillas.

Amadeo

No prosiga. Es usted un hombre en todo el sentido de la palabra.

Gobernador

Señorita Emilia, concededme permiso para dejaros. Mis obligaciones me reclaman en otro lado.

Crispín

Lo que es con nosotros ya ha cumplido usted a las mil maravillas.

Emilia

(Dándole la mano).

Usted lo tiene.

Gobernador

Mé voy, pero quedo con vosotros.

(Crispín le da la mano y le hace una reverencia).

Amadeo

Lo acompaño.

Gobernador

(Ya cerca de la puerta).

Le ruego no abandonar ni por un momento a los vuestros. Conozco el camino. Ante el dolor y la muerte, sobran protocolos. ¡Estoy vencido!... No olvide usted lo que debe decir a la gente. Mañana debemos comunicarnos con el Notario y con ciertas autoridades a las que hay que poner en antecedentes... persuadir.

Gobernador

¡Ni que hablar! Nadie osará contradecirnos, os lo aseguro.

Amadeo

Y no mencione usted el asunto al padre Bernardo.

Gobernador

¡Ya sé! Discreción... Discreción...

(Sale).

Amadeo

¡Uf!

Crispín

¿Te quejas?

Amadeo

Eso no. Todo ha salido a pedir de boca.

Emilia

Eres inagotable.

Crispín

(Haciendo el gesto del que se refiere al dinero).

¿Cuánto?

Amadeo

Sólo he perdido el alquiler de la casa que vive. ¡Un legado de tía Beatriz!

Crispín

(Biendo).

¿Oyes, Emilia? Por fin ha asegurado su palacio.

Emilia

Un caserón que nadie, sino él, nos hubiera alquilado.

Crispín

Eres un genio, querido Amadeo.

(El padre Bernardo entra por la izquierda).

Padre

¿Están solos?

Crispín

Acaba de irse el señor Gobernador.

Padre

Mejor así

Amadeo

Estamos profundamente satisfechos de la entrevista, padre Bernardo.

(El padre Bernardo va a la mesita donde permanece su manto y lo toma).

Emilia

¿Se marcha usted, también?

Padre

Sí, hija. Ya mi misión ha terminado.

Amadeo

El padre Bernardo se ausenta a causa de nuestro éxito. ¡Es

una lástima que don Pedro Rodríguez y Carvajal no respondiera mejor a la imagen que él se había formado!

Padre

Te ruego no creas demasiado en los viejos recursos diabólicos que tienes a tu disposición. A veces se vuelven contra nosotros.

Amadeo

¡Bah! Reconozca mejor que hemos vencido en toda la línea.

Emilia

(Ayudándolo con el manteo).

¿Me perdonará usted?

Padre

¿Qué has hecho de lo cual no seamos todos culpables? Queremos vivir, rodear nuestros cuerpos de las mayores comodidades.

(Sonríe amargamente).

¡Hum! Estamos en la época de la materia, hija mía. Hasta Beatriz no es otra cosa, allí, que una forma muelle reclinada sobre almohadas de plumas.

(Asomándose por última vez y como en un responso).

No sé si es una santa, pero he llegado a comprender algo: ese cuerpo está en lucha con su espíritu, procura algo más noble que él mismo. Clama por una suprema redención de él y de los suyos. Ahí quedará, incorruptible y tenaz, al acecho de ese poco de bondad que ustedes no han podido ofrecerles en la vida. Su misión es estar siempre presente, mientras ustedes agorizan día a día a su alrededor, se corrompen en pequeñas rencillas familiares a causa del odio y del dinero.

Amadeo

¿Podrá con nosotros, muerta, ella que viva no lo pudo?

Padre

Permíteme recordarte que la bondad no muere. La adormecemos en nosotros, pero un día despierta. Entonces descubrimos

que el sol alumbra, que las flores huelen y otras tonterías que estamos muy lejos de saber a ciencia cierta.

(Amadeo se encoge de hombros y sonríe).

Te dices: "un nuevo sermón". Sí, un sermón. Cada cosa nos enseña algo distinto en una especie de sermón secreto. Desgraciados los que no podemos oirlo. Beatriz será para ustedes, de ahora en adelante, un nuevo sermón hecho carne, sostenido tal vez por una fe que no hemos alcanzado. ¡Quiero creerlo ahora que me resigno a abandonarla!

(Entra Francisca. Recoge las tazas del café. Arregla algunas cosas, etc.).

Amadeo

Esperamos que usted se abstendrá de hacer o decir cualquier cosa que vaya en nuestro perjuicio.

Padre

(Lo mira con piedad. Sonríe).

Me abstendré... ¡gratuitamente! Buenos días.

Crispín

Buenos días, padre.

(Emilia se adelanta y le besa una mano).

Padre

Adiós, hija.

(Sale por la derecha).

Crispín

Ese hombre ha resuelto no poner más los pies en esta casa.

Amadeo

¡Bendito sea!

Francisca

(Una emoción sincera la posee).

Sabe hablarle a la gente como nadie, ¡eso sí!

Amadeo

¡Hola!

Emilia

¿Habló contigo mientras desayunaba?

Francisca

El pobre no ha comido nada. Sólo ha tomado el chocolate y eso porque quería darse tiempo para hablarme.

Emilia

¿Qué te ha dicho?

Francisca

Pues de todo. ¡Una bonitura! Me habló de mi deber...

Amadeo

¡Un tema excelente!

Francisca

De los deberes de los demás...

Amadeo

(Desinflado).

Ya no tanto.

(Francisca va a seguir).

Está bien, mujer.

Francisca

(En el momento de salir llevando la bandeja, se detiene. Volviéndose).

Ah, me pidió que no los abandonara nunca.

(Sale. Silencio. Cada uno se mueve sin rumbo por la habitación).

Crispín

¡Una familia ejemplar!

Emilia

¿Qué haremos, Dios mío, qué haremos?

Amadeo

Lo que parece resultarte difícil: permanecer quietos.

(Señala hacia el fondo).

A ella no le cuesta trabajo.

Crispín

No deja de ser cómodo eso de irse sin cambiar de domicilio, gozando de sus propios perfumes, del clor a ébano de sus armarios, consumiendo los recortes de vida que había almacenado a lo largo de ochenta y un años.

Emilia

Y nosotros, rodeándola como siempre

(Con una idea súbita).

¿No fue esa la condición que puso para dejarnos su fortuna? Pues ya es hora de que empecemos a cumplir con nuestra obligación.

Amadeo

¿Qué te propones?

Emilia

Traerla aquí, como todos los días. Sentarla aquí a presidir los debates y problemas de la casa. En una palabra, hacerle retomar su autoridad.

Crispín

Estás llevando las cosas demasiado lejos.

Emilia

(Como en una alucinación).

Es nuestro deber. Yo estaré aquí, eternamente aquí, para cumplirlo y para recordárselo a ustedes. Sí, estoy atrasada y ella me espera. Desde hace tres días ella está inmóvil, esperándome.

Amadeo

¿Pero qué harás?

Emilia

La pondremos en su sillón favorito y la traeremos aquí, a su sitio de siempre.

(Entra a la habitación del fondo).

Amadeo

(Sin atreverse a resistir. Perplejo, a Crispín).

Es inútil contradecirla. ¿Vienes?

Crispín

¿Es que ustedes dos no bastan?

(Amadeo desaparece por el fondo. Crispín se retuerce las manos nerviosamente. De pronto sale por la puerta de la izquierda y retorna con un vaso en la mano. Se recuesta y bebe con fruición. Eso parece ser nardo. Deja el vaso. Amadeo y Emilia entran cargando un sillón gris de alto respaldo. Lo depositan de espaldas al público en un primer plano, ligeramente ladeado como para que pueda verse el detalle de una mano y un puño de encajes de Tía Beatriz. Prolongado silencio. Todos están inmóviles).

Emilia

Ahí está bien.

(Fascinada).

Sí, tía Beatriz, soy yo, somos nosotros, que hemos venido a desearte los buenos días. También queremos darte las gracias por lo que has hecho.

Amadeo

¿No es esto una comedia absurda?

Emilia

Estamos obligados a ello.

(A Crispín).

Acércate.

(Crispín quiere negarse, pero se acerca desviando la mirada. Poco a poco gira el rostro hacia el sillón).

Crispín

Bien. Aquí estoy por fin, tía Beatriz.

(Pausa).

¿Saben?, ¡está más bella que nunca!

Amadeo

¡Tonterías! Nunca fue bella.

Crispín

Ahora lo es. ¡De veras! Y mucho más joven.

(Lo extraordinario lo tiene entre sus redes).

¿No te atreverías a besarla como todas las mañanas, Amadeo?

Amadeo

¿Es que estás loco?

Emilia

Crispín tiene razón... ¡Debes besarla!

(Amadeo palidece).

Crispín

¿Es que acaso le tienes grima a tía Beatriz?

Amadeo

(Sabiendo que no le queda más remedio).

Nada de eso. Claro que la besaré. No podría temerle. Es ridículo.

(Amadeo se acerca. Lo piensa. Mira a los otros y baja la cabeza hasta el sitio en que debe estar la frente de Tía Beatriz).

Crispín

(En un susurro).

¡Y cuidado con lo que piensas!

(Amadeo, con los ojos cerrados, estampa el beso. Comienzan a oírse en el reloj diez campanadas pausadas y solemnes mientras cae lentamente el

TELON

VACACIONES EN EL CIELO

Comedia en tres actos.

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI'
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS